

alejen de nosotros las enfermedades contagiosas, que el saludable rocío fecundice nuestros campos, que no esperitemos ninguna clase de desgracias, y que no olvidemos jamás el saludable aviso que nos habeis dado con la presente calamidad. Derecho tenemos á esperar todo de Vos pues que sois nuestro Padre y nuestro Salvador. Piedad pues, dulce Jesus mio: piedad, Dios de bondad: misericordia, Protector benéfico de la humanidad: misericordia y gracia prendas seguras de la Gloria, que os deseo á todos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. *Amen.*

SERMON

EN ACCION DE GRACIAS Á JESUCRISTO

DESPUES DE HABER CESADO UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

*Benedic anima mea Domino et noli obli-
visci omnes retributiones ejus, qui sanat
omnes infirmitates tuas, qui redimit de in-
teritu vitam tuam: qui coronat te in mise-
ricordia et miserationibus.*

Bendice á tu Dios ¡oh alma mia! sin olvidar jamás sus beneficios, que se ha apiadado de tí, sanándote de tus enfermedades, redimiendo tu vida de la muerte y coronándote de misericordia y de piedad.

Ps. CII, v. 1-5.

¡Triste condicion de la humana naturaleza! Afligido el hombre y rodeado de adversidad, eleva sus lamentos al cielo y clama por encontrar una mano bienhechora que venga en su socorro. Empero, así como es pronto en recibir el beneficio, no es menos tardo en reconocer al bienechor. Su ingratitud rara vez le permite besar la mano pródiga que le socorriera, siendo así que hasta las fieras mas indómitas se manifiestan dóciles y obsequiosas con aquellos de quienes reciben algun bien. El hombre es en toda la

naturaleza el sér mas dispuesto á ser desconocido , no solo con sus semejantes , sino aun con el mismo Dios.

Si abrimos las páginas de la Escritura Santa , encontraremos mil hechos que nos demuestran esta verdad , por cierto triste y desconsoladora. En tanto que los hijos de Israel estuvieron cautivos en Egipto , fueron fieles á su Dios; empero apenas vieron sometérsele los mares que por disposicion divina , y al contacto de la vara del Caudillo , se abrieron para darles paso , envolviendo entre sus olas al ejército de Faraon , por el que eran perseguidos; no bien las nubes benéficas les enviaran su delicioso maná con el que se alimentaran en el desierto , cuando se revelaron contra el mismo Dios de quien tantos y tan extraordinarios beneficios acababa de recibir , entregándose á la idolatría. Saul que en su humilde oficio era virtuoso , volvióse pérfido apenas se vió colocado sobre el trono. Salomon , ese gran monarca , favorecido extraordinariamente por el Señor con una sabiduría superior á la de los demás hombres , destinado para fabricar el templo al verdadero Dios , cuya voz omnipotente repetidas veces habia resonado en sus oidos , tambien volvió sus espaldas al Señor dejándose arrastrár á la idolatría. Osías obtiene la paz y se hace sacrílego , y Sanson se hace lascivo despues de obtenida la victoria.

De esta fea nota de ingratitud tan abominable á los divinos ojos , están libres aquellos fieles que habiendo acudido al Señor en el dia de la tribulacion y de la desgracia , lejos de olvidar los beneficios recibidos , bendicen de continuo al dador de todo bien , rindiéndole públicas acciones de gracias en testimonio de fé y en homenaje de gratitud. ¿Y podriamos nosotros rehusar un sacrificio de alabanza , cuando habién-

donos visto envueltos en la desgracia , hemos sido tan liberalmente socorridos? ¿Cumpliríamos con nuestros deberes religiosos , si habiendo orado ante el altar por conseguir tan señalado beneficio , no acudiésemos de nuevo al mismo lugar santo á rendir fervorosa accion de gracias? Nada mas conforme con las ideas que nos inspira la santa religion que profesamos: nada mas conforme á justicia que este acto religioso. Nos hallábamos abatidos á vista de la calamidad pasada: nuestros ojos se arrasaban de amargas lágrimas: en vano hubiéramos querido buscar el consuelo en un mundo que no puede ofrecer otra cosa que sinsabores , y que con razon es llamado valle de lágrimas y de miserias. Por esto recurrimos á Dios elevando hácia Él nuestras fervorosas plegarias. No teniamos méritos propios que presentar y ofrecimos los infinitos de Jesucristo. Dios los aceptó , y lo habeis visto , cristianos; como por encanto cesó con la calamidad la amargura de nuestro corazon , y la imponderable tristeza que lo poseia. Enjugad , pues , vuestras lágrimas , cesen los lamentos y colmemos de bendiciones á nuestro Dios , que lleno de misericordia , se ha apiadado de nosotros , sanándonos de nuestras enfermedades , redimiendo nuestra vida de la muerte y coronándonos de misericordia y de piedad: *Benedic anima mea Domino , et noli oblivisci omnes retributiones ejus , qui sanat omnes infirmitates tuas , qui redimit de interitu vitam tuam : qui coronat te in misericordia et miserationibus.*

Cantemos , pues , con el mayor regocijo de nuestros corazones las misericordias del Señor : entonemos himnos en su loor , por sus continuas piedades en favor de la humanidad. Deseando pues , despertar en vosotros los mas tiernos sentimientos de gratitud , voy á

desenvolver las palabras con que he abierto el presente discurso, haciéndoos conocer con cuanta claridad me sea posible, cuán grande y estraordinaria es la misericordia de Dios para con nosotros. Esto dará materia á la primera parte del discurso, haciéndoos ver en la segunda la obligacion que hemos contraido de mostrar nuestra gratitud viviendo en adelante sin apartarnos en nada del cumplimiento de nuestros deberes religiosos. Imploramos ante todo los divinos auxilios, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Basta M. A. O., considerar la magestad y grandeza del Dios Omnipotente, autor del cielo y de la tierra, y la pequeñez y miseria del hombre que no es otra cosa que un poco de barro de la tierra animado por el hálito divino, para que nos llenemos de admiracion viendo la dignacion del Señor que emplea sus atenciones y prodiga á manos llenas sus beneficios en nuestro favor. Los mismos justos por razon de la miseria de su origen deben menos al mérito intrínseco de sus virtudes, la aceptacion especial que logran, que á la bondad de Dios que recibe sus votos y buenas obras. El Profeta de los Salmos, contempla entusiasmado las bondades que el Señor usa con los justos y esclama al compás de su lira: *Cuam bonus Israel Deus his qui recto sunt corde!* ¡Qué bueno es Dios para aquellos que son rectos de corazon! Justo es, mis hermanos, el entusiasmo de David al cantar las misericordias del Señor en favor de los justos, de aquellos que fielmente le sirven sin apartarse jamás de la observancia de su ley: Empero cuando yo le veo obrar prodigios

y maravillas, derramar á manos llenas sus bondades no solamente sobre los justos sino que tambien sobre los mismos pecadores, sobre los que veces mil le han ofendido por la culpa: cuando le considero como padre amantísimo y solícito Pastor ejerciendo su Providencia sobre todos los mortales, y que basta una lágrima de arrepentimiento derramada en su presencia, para que su corazon se incline hácia nosotros, entonces es cuando con mas claridad comprendo el tierno amor que nos profesa: amor y misericordia que le hizo ofrecer al hombre el remedio en el mismo Paraiso donde cometiera la transgresion del primer precepto.

Jesucristo, M. A. O., que siendo Dios, se hizo hombre, y que impulsado por la ternura de su corazon sacratísimo nos redimió de la esclavitud del demonio por la efusion de su divina sangre, con la que quedó borrada la escritura de la maldicion del mundo, mira desde el alto trono de su gloria, nuestras aflicciones, oye nuestros lamentos, escucha nuestros ruegos y acepta nuestros votos y sacrificios, con la misma bondad que mientras vivió entre los hombres los socorria abundantemente. Registremos el Evangelio, ese libro de oro donde han quedado consignados para nuestra enseñanza los hechos admirables del Redentor, y veremos que su vida entre nosotros fué una cadena de beneficios continuos dispensados á la humanidad.

En efecto, cristianos: ¿Qué fué necesario para atraer sobre las criaturas su misericordia? Tan solamente un homenaje de fé, una lágrima de dolor. Bastó á los dos ciegos tener fé en su palabra, creer que tenia poder para curarles, para abrir sus ojos

á la luz del dia, para que verificase el prodigio de concederles la vista. Rogóle la mujer cananéa, hasta el término de importunar á los discípulos que acompañaban al Salvador en el mayor desconsuelo, pero llena de fé, exclamaba: *Domine, filia mea, male á demonio vexatur*: mi hija está malamente poseida del demonio. De tal modo mostró la confianza que tenia en el poder de Jesucristo, que compadecido el Divino Salvador le concedió la curacion instantánea de su hija. Fijad ahora vuestra consideracion en el hecho portentoso de la resurreccion de Lázaro, y vereis cuanto podemos esperar de Jesucristo. En el mayor desconsuelo una de las hermanas del difunto Lázaro sale al encuentro de Jesucristo y al verle exclama impulsada por su fé: «Señor, si hubieras estado aquí, Lázaro no hubiera muerto.» El Salvador la contesta, «Yo soy la resurreccion y la vida: el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?» Con estas palabras trata de probar la fé de aquella mujer antes de efectuar el prodigio. Ella contestó: «Creo que tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.» A esta respuesta siguió el gran prodigio de la resurreccion de Lázaro.

Ved, pues, claramente demostrado en los pasajes que acabamos de citar, la necesidad de dirigir las peticiones al Señor con un corazon recto, con fé en sus palabras y esperanza en sus promesas. Debemos añadir á nuestras peticiones la cláusula que el mismo Jesucristo, para nuestra enseñanza, añadió á su oracion en el huerto: «mas no se haga Señor mi voluntad, sino la vuestra» porque ¿cuántas veces pedimos lo que apareciendo como un bien á nuestra limitada inteligencia, es un mal que puede influir en nuestra

perdicion eterna? Se pide la salud para el enfermo por cuya vida nos interesamos: ¿Y si de conseguirla ha de perder mas tarde su estado de gracia y morir impenitente? Se pide la misma gracia para uno que aun se halla envuelto en las fajas de la infancia y que forma las delicias de sus padres. ¿Y si de vivir ha de llegar mas tarde á convertirse en criminal? Pedimos al Señor que haga mas próspero el estado de nuestra fortuna. ¿Y si de concedérsenos nos han de venir grandes contratiempos, ó se ha de apoderar de nuestro corazon la ambicion y la soberbia que nos pierde? Ved aquí demostrado cómo el Señor nos dispensa sus bondades, y usa de misericordia con nosotros, ora conceda, ora niega el objeto de nuestras súplicas. Por esto el mismo Jesucristo al enseñarnos á orar, nos prescribe que digamos en la oracion dominical ó Padre nuestro «hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo.»

Sin embargo, muchas veces y aunque nos conveniga, parece que el Señor cierra sus oidos á nuestras súplicas y oraciones, y no es otra la causa sino la falta de fé ¿podrá oír el Señor y conceder lo que pide á aquel, que contento en la ocasion de su ruina, vive envuelto en los mas detestables vicios? ¿Podrá tener su corazon propicio para dispensar sus bondades á los que están por el pecado aprisionados al terrible carro del enemigo de nuestras almas? Dios oyó á David, pero fué porque advertido del mal estado de su conciencia por el profeta Nathán, lloró amargamente los pecados con que habia ofendido á la divinidad. Oyó y bendijo Jesucristo á la Magdalena por su fé y arrepentimiento. Oyó á tantos que se acogieron á su misericordia, y les dispensó sus bondades, porque las lá-